



La Palma:

paisaje de contrastes

En los 708 km² que tiene de superficie la isla de La Palma se concentran fuertes contrastes de paisajes y vegetación que van de la dura aspereza de la lava volcánica a la exuberancia subtropical de los bosques de laurisilva; del interior de una colada de lava bajo tierra a los 2426 m sobre el nivel del mar del Roque de Los Muchachos; de la costa a la alta montaña.

El corazón natural de la isla late en el interior de su accidente geográfico más impactante, la Caldera de Taburiente, un circo de ocho km de diámetro donde las explosiones volcánicas, los procesos erosivos y el agua han formado a lo largo de cientos de miles de años un escarpado y sobrecogedor paisaje.

La isla de La Palma es Reserva de la Biosfera desde 2022, una isla en continuo cambio donde plantas, animales y seres humanos se adaptan a sus exigentes condiciones.

Ismael Muñoz Linares

En las cotas más elevadas de la Caldera de Taburiente, donde la altitud supera los 2.000 metros, el viento, que sopla con fuerza constante; la radiación solar, intensa, y los suelos, que apenas retienen agua, exponen a la vegetación a condiciones extremas que definen su forma y su estrategia de supervivencia.

Domina el matorral de alta montaña canaria, una formación vegetal abierta y de bajo porte, en la que destacan especies como el cedro canario, la retama, los codesos y el tajinaste, cuyas floraciones en primavera rompen la aparente austeridad del paisaje. El programa de repoblación con cinco especies autóctonas de matorral ha conseguido recuperar poblaciones de las que se tenían contabilizadas menos de 100 ejemplares



Cedro canario, *Juniperus cedrus*

adultos: el retamón, la bencomia, el tajinaste azul, el tajinaste rosado y el pensamiento de cumbre.

Las plantas adoptan formas almohadilladas o rastreras para reducir la pérdida de agua y resistir el embate del viento. Sus hojas pequeñas, a

menudo cubiertas de pelos, limitan la transpiración y reflejan la radiación solar.

Este es el límite superior de la vegetación insular, un espacio donde cada especie es testimonio de adaptación extrema.



Interior de la Caldera de Taburiente. Al fondo el mar de nubes, que se forma cuando los vientos alisios que vienen del Atlántico empujan la humedad hacia las islas más montañosas y una capa de aire cálido superior actúa como una "tapadera" (generalmente entre 1 000m-1 500m) impidiendo que el aire húmedo suba más y se disperse

EL INTERIOR DE LA CALDERA: EL DOMINIO DEL PINO CANARIO

Al descender hacia el interior de la caldera, por el mirador de Los Brecitos, el paisaje cambia radicalmente. El matorral da paso a un ecosistema forestal dominado por una de las especies más emblemáticas del archipiélago: el pino canario (*Pinus canariensis*).

Este bosque, que ocupa amplias extensiones de la Caldera de Taburiente, es un ejemplo extraordinario de adaptación al medio volcánico. Su impresionante capacidad de rebrote tras los incendios le permite al pino canario sobrevivir en un territorio marcado históricamente por perturbaciones naturales.

Sus largas acículas capturan la humedad de los vientos alisios, condensando pequeñas gotas de agua que gotean hacia el suelo. Esta “lluvia horizontal”, contribuye de manera decisiva al mantenimiento de la humedad edáfica.

La verticalidad del pinar, de las paredes de la caldera, de la luz filtrada,



de barrancos como el de Taburiente, Almendro Amargo o Las Angustias, recorridos por numerosos arroyos y cascadas, dan al visitante la impresión de haber hecho un viaje en el tiempo, de estar a punto de vivir el instante en el que un desprendimiento, por erosión o gravedad, cambia de nuevo el paisaje, elimina cascadas y

abre otras nuevas, descubre secretos ocultos tras lo evidente.

El sotobosque es relativamente abierto, con presencia de jaras y escobones. Sin embargo, en los barrancos más húmedos aparecen sauces y relictos de vegetación más exigente en agua, anticipando la transición hacia los bosques de laurisilva.



Si hubiera que decantarse por una especie representativa de las islas Canarias probablemente el pino canario ocuparía uno de los tres primeros puestos. Capaz de rebrotar después de haberse quemado por completo, es un superviviente nato, un ejemplo de adaptación a las condiciones más difíciles a las que se puedan enfrentar cualquiera de las especies de pino de la península ibérica. El grosor de su corteza protege al cámbium vascular y a las yemas auxiliares durmientes. Más información en n.º 87 Foresta, https://www.forestales.net/revistas/articulos/696/completo/resiliencia_del_pinar_canario_despues_de_la_erupci.pdf

Abajo, a la izquierda, el comienzo del barranco de Las Angustias.

A la derecha un pino completamente quemado en el último incendio que afectó a la Caldera de Taburiente, en julio de 2023. Dos años después presenta este aspecto.





Dentro de la Caldera se encuentran nueve pinos de gran porte en el zona conocida como la Senda de los nueve pinos, señalizados con un cartel que indica su envergadura.



N° 4 (datos año 2016)
Diámetro: 2,78 m
Altura: 34,18 m
Diámetro copa: 26 m

LA LAURISILVA: EL BOSQUE DE NIEBLA QUE SOBREVIVió AL TIEMPO

Entre los 500 y 1.200 metros de altitud aparece uno de los ecosistemas más singulares del archipiélago: la laurisilva, un bosque húmedo relicto considerado contradictoriamente un fósil vivo, restos de las selvas subtropicales que cubrían el sur de Europa hace millones de años y que desaparecieron con las glaciaciones. En Canarias, su aislamiento y clima estable han permitido su supervivencia.

En La Palma, este bosque se conserva de forma excepcional en enclaves como Los Tilos y Cubos de la Galga, situados en la vertiente noreste, donde los vientos alisios descargan su humedad. La clave de su existencia reside en un fenómeno climático muy particular: el mar de



nubes. Cuando los alisios cargados de humedad chocan con el relieve insular, se elevan, se enfrían y condensan, generando una capa nubosa persistente. Esta niebla baña continuamente el bosque, manteniendo una humedad elevada y temperaturas suaves durante todo el año (entre 12 y 20 °C).

La laurisilva es un bosque denso, siempreverde, con varios estratos de vegetación.

El sotobosque es exuberante, con helechos, musgos y líquenes que tapizan troncos y suelos, creando un ambiente casi tropical. La temperatura desciende varios grados centígrados con respecto al exterior y la escasa luz se cuele por las rendijas que dejan las hojas de los árboles como el laurel (*Laurus novocanariensis*), el viñátigo (*Persea indica*) acebiño (*Ilex canariensis*) y fayas (*Morella faya* y *Myrica faya*)



Viñátigo, *Persea indica*, propio de las islas de la región macaronésica

LA VIDA SOBRE LA LAVA: COLONIZACIÓN EN EL VOLCÁN DE TENEGUÍA

En el extremo sur de la isla, el paisaje vuelve a transformarse. Las coladas del volcán de Teneguía, surgidas en la erupción de 1971, representan un territorio donde la vida comienza desde cero. Sobre estas superficies negras y ásperas, la colonización vegetal sigue un proceso lento pero constante. Los primeros organismos en instalarse son los líquenes, capaces de adherirse directamente a la roca volcánica. Su acción, junto con la de microorganismos, inicia la descomposición del sustrato, generando las primeras partículas de suelo.

A continuación, aparecen musgos y pequeñas plantas herbáceas, seguidas con el tiempo por matorrales más desarrollados. Este proceso puede durar décadas o incluso siglos.

Las condiciones siguen siendo duras: alta insolación, escasa retención de agua y fuertes contrastes térmicos. Sin embargo, la vida avanza, transformando lentamente la lava en un sustrato fértil.

El paisaje es un laboratorio natural donde puede observarse el inicio de un ecosistema.

EL INTERIOR DE LA COLADA VOLCÁNICA: VIDA EN LA OSCURIDAD

El viaje concluye bajo tierra, en el interior de un tubo volcánico formado por antiguas coladas de lava. Aquí, la luz desaparece casi por completo y las condiciones ambientales cambian radicalmente.

La temperatura se mantiene estable, la humedad es elevada y la ausencia de radiación solar limita la presencia de plantas superiores. Sin embargo, la vida persiste en formas discretas pero fundamentales.

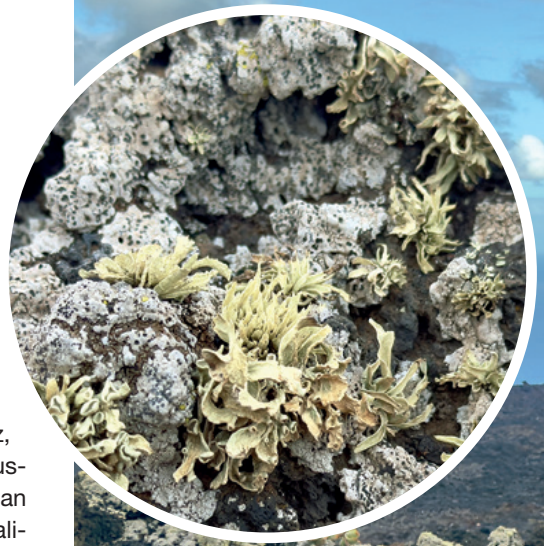
En las zonas próximas a la entrada, donde aún llega algo de luz, pueden encontrarse líquenes y musgos. Más hacia el interior, predominan comunidades microbianas especializadas, adaptadas a la oscuridad y a la escasez de nutrientes.

Los líquenes, en particular, desempeñan un papel clave: colonizan la roca volcánica, contribuyen a su alteración química y participan en la formación de materia orgánica. Su presencia revela que incluso en condiciones extremas, la vida encuentra caminos para establecerse.

Este mundo subterráneo cierra el recorrido iniciado en las cumbres: un viaje que muestra cómo la vegetación no solo se adapta al medio, sino que lo transforma.

Desde los matorrales de alta montaña hasta los bosques de niebla, desde los pinares resilientes hasta la lava recién solidificada y la oscuridad de una cueva volcánica, La Palma es una historia completa de colonización vegetal.

En esta isla, nacida del fuego, la vida se adapta, resiste y reconstruye continuamente. Cada paisaje es una etapa de ese proceso, y cada planta, desde el pino canario hasta el más humilde líquen, forma parte de una historia continua de adaptación y supervivencia.



Volcán de Tajogaite de 2021 en el centro de la imagen.

A la derecha, sobre los pinares, el volcán de San Juan de 1949, responsable de la emisión de toda esta lava del primer término, ligeramente salpicada de ejemplares de vinagrera.

Foto tomada sobre las instalaciones de la cueva de Las Palomas.

Abajo, página anterior. En el interior de la cueva de Las Palomas, bacterias que colonizan las paredes y techos, interactuando con el sustrato volcánico



*Volcán de Teneguía, de 1971.
Su paisaje muestra líquenes sobre roca volcánica,
un cactus endémico canario, verode *Kleinia heriiflora* y un ejemplar
de vinagrera en primer término*

